

un aire contagioso de independencia. Sin embargo, el emperador no quería quedase Jerusalem sepultada en sus ruinas, á causa de su situacion en extremo ventajosa, y de su antigua celebridad. A fin, pues, de reedificarla, envió una colonia dándole nueva forma de policía y religion que ninguna semejanza tuviese con el judaismo, y varió hasta el nombre de la ciudad poniéndole el de Elia, que era el apellido de su familia. Edificóse un templo á Júpiter en el sitio del antiguo, y se prohibió la circuncision á todos los que quisiesen habitar en el pais. No pudieron resolverse los hijos de Israel á vivir como extranjeros en la patria misma de sus padres; pero no obstante, se contuvieron. Mas no permanecieron ociosos, pues el tiempo que se necesitaba para llevar á cabo el proyecto de Adriano, emplearon ellos en construir muchos subterráneos y habitaciones ocultas para reunirse furtivamente y huir en caso necesario. El gobierno no dió oídos por largo tiempo á las voces que corrian de estos atentados, porque no podía persuadirse que los hebreos, reducidos al estado mas deplorable, tuviesen valor ni medios para emprender cosa alguna; pero conoció en breve que no hay precaucion ni recelo que sea excesivo cuando se trata de conservar la tranquilidad pública. Se habia tramado la conjuracion, no solo por los judíos que quedaron en la provincia, sino tambien por los de las demas regiones; en todas partes causaron infinitos desórdenes y pusieron en alarma á los romanos. Tinnio Rufo, gobernador de Judea, no se halló en estado de hacer frente abiertamente á aquellos furiosos, y fué preciso enviarle numerosos refuerzos que no bastaron á ponerle en estado de resistirles á campo raso. Reuniéronse á los judíos un diluvio de pueblos codiciosos, asi de las naciones vecinas como de las distantes, por la esperanza del saqueo, de suerte

que esta guerra conmovió todo el Oriente. Resolvió Rufo atacarlos en partidas sueltas, haciendo uso con tanto acierto de sus conocimientos militares contra aquellas tropas sediciosas é indisciplinadas, que siempre quedó vencedor de ellas, y trató con la mayor severidad á todos los que cayeron en sus manos. Mandó quitar la vida á infinito número de judíos sin perdonar á las mujeres ni á los niños; carácter especial de las calamidades de esta nacion desde que todos sus individuos sin escepcion habian cargado sobre sí con la maldicion fulminada por su deicidio. Todas sus tierras fueron confiscadas en favor del pueblo romano, y se vió Israel, segun la expresion literal de los divinos oráculos, sin viñas y sin mieses, sin templo y sin pontífice.

No tenian otro caudillo que un salteador llamado Barcoquebas (1), hombre despreciable por la oscuridad de su cuna; y por todas sus circunstancias; pero para los ciegos judíos bastó solo el nombre del aventurero para que le revistiesen de una autoridad absoluta. Como Barcoquebas significa en siríaco *hijo de la estrella*, se decia hijo de aquella estrella de Jacob de que habla la profecía de Balaam, y afirmaba que era el caudillo que debia hacer triunfar á los hijos de Israel de todos los gentiles, ó el Mesias, tal como se le figuraban los judíos. Este primer Anti-Cristo intentó aumentar su partido, ofreciendo desde luego á los cristianos que les haria la gracia de recibirlos por sus súbditos; pero rehusando estos sus ofertas fueron perseguidos por él con la mas bárbara atrocidad.

Adriano entretanto ansiaba poner fin á esta guerra, y pareciéndole que Rufo no era hombre capaz de llevarla á cabo, envió nuevas tropas á las órdenes de Julio Severo,

(1) Dion. y Spart. in Adrian.

cuyo singular mérito miró como necesario para dirigir esta expedicion, y á quien obligó á pasar con presteza desde las islas Británicas al otro extremo del imperio. Severo, siguiendo el ejemplo de su predecesor, no quiso empeñar una accion general, y conformándose con el plan de Rufo, ordenó muchos destacamentos que atacaban á los rebeldes por otras tantas partes, los ponian en mucho aprieto y cortaban los víveres. Con este método poco ruidoso, pero muy prudente y eficaz, logró acabar enteramente con los judíos. Fueron destruidas cincuenta fortalezas importantes y cerca de mil plazas de menor consideracion; y pasados á cuchillo quinientos ochenta mil hombres, no habiendo sido posible indagar el número de los que murieron acosados del hambre, del fuego y de todo género de desgracias y miserias. Como esclavos y aun como bestias de carga se vendieron al mas ruin precio los pocos de ellos que encontraron mercaderes que los comprasen, porque habian caído los infelices en tanto desprecio y odio que apenas se hallaba quien los admitiese por esclavos. Verificóse esta venta en el valle de Mambre, en el mismo sitio donde habia habitado Abraham, padre y origen de todo Israel; sitio donde se celebraba anualmente la feria llamada del Terebinto, para la venta de los animales. En aquel tiempo se descubria todavia uno de esos árboles de extraordinaria corpulencia, cuyo árbol era tenido entre los habitantes del pais por tan antiguo como Abraham. De esta suerte aquella infeliz nacion, sumergida en una ceguedad que rayaba en estupidez, vió consumada su ruina con las circunstancias mas ignominiosas, en el mismo lugar donde habia tenido su cuna. Fueron trasportados á Egipto los judíos que no pudieron venderse, y quedó casi desierta la Judea. Desde entonces quedó este pueblo como

aniquilado en su misma patria; no tornaron jamás los hebreos á reunirse en cuerpo de nacion; dispersáronse y se mezclaron entre todos los demas pueblos, aunque sin confundirse con ninguno de ellos y sin adquirir el menor derecho de independencia ó verdadera libertad, sin propiedades, sin leyes, sin altar, sin sacrificio, llevando consigo á todas partes, ademas del espectáculo singular de un pueblo que ya no tiene la menor forma de tal, una señal indeleble de su reprobacion y de la sustitucion de los gentiles en lugar suyo.

No obstante, Adriano reedificó otra vez la capital de Judea; pero bajo pena de la vida prohibió á los israelitas entrar en ella, y se cuidó con esmero del cumplimiento de esta prohibicion; pues para habitar en dicha capital era necesario ser gentil, á lo menos de origen. Por esta disposicion del príncipe ó mejor de la Providencia, que hace muchas veces servir la política á otros fines muy diversos de los que se proponen los hombres, la Iglesia de Jerusalem se halló de improviso libre de la plaga de la discordia que tantas veces la habia atormentado antes y despues de la muerte de los Apóstoles; es decir, de la inquieta y envidiosa obstinacion de los cristianos judaizantes, mucho mas temible que el puro judaismo. Esta Iglesia se compuso hasta entonces casi únicamente de israelitas convertidos, que observaban con exactitud la circuncision y todas las ceremonias de la ley mosaica; y hasta á los obispos los eligieron escrupulosamente de entre los fieles circuncisos; pero desde la total reduccion de la Palestina no hubo en la Ciudad Santa mas cristianos que los descendientes de gentiles. Marcos fué elegido por obispo de ella, y fué el décimosexto desde del establecimiento del cristianismo, y el primer cristiano de la gentilidad que ocupó aquella silla. De este modo, á fines del imperio de Adriano, el año 137

de Jesucristo, quedó enteramente arruinada la nacion judáica, y la Iglesia quedó libre de tan molestos enemigos. Para eterno despecho de los judíos, pusieron los romanos un puero de mármol encima de la puerta de Elia ó Jerusalem, por la parte que miraba á Belen, y colocaron tambien una estatua de Venus en el lugar del Calvario

donde Jesucristo habia muerto, y el idolo de Júpiter encima del sepulcro de donde salió resucitado y glorioso. Pero esta profanacion, al paso que daba margen á comparar un culto con otro, solamente sirvió para desacreditar la idolatría y establecer sobre sus ruinas con mas esplendor la magestad del culto cristiano.

LIBRO TERCERO.

Desde la ruina de la nacion judáica en el año 137, hasta el fin de la quinta persecucion en el año 211.

Poco tiempo sobrevivió á sus terribles espediciones contra los judíos el emperador Adriano; murió al año siguiente de reedificada Jerusalem con el nombre de Elia, á la edad de sesenta y dos años, el 10 de julio del 138 de Jesucristo, en su palacio de Tivoli, donde pocos años antes habia tratado tan cruelmente á la ilustre mártir Sinforsa con su santa y numerosa familia. En su última enfermedad, aunque en la apariencia solo era una hidropesía ordinaria, padeció increíbles dolores. Sus padecimientos agriaron su carácter, y se dejó llevar de su humor atrabiliario que le hizo cometer las mas odiosas crueldades. Mandó quitar la vida á muchas personas de la primera nobleza y algunas de su propia familia, y hubiera inmolado muchas mas si Arrio Antonino, el digno sucesor que él habia nombrado, no hubiese ocultado á la mayor parte de los que condenaba. Varias veces probó á quitarse él mismo la vida ó á hacerse matar por otro para poner fin á sus

dolores, y daba desesperados gritos quejándose de que no podia disponer de su propia persona, al mismo tiempo que era dueño de la vida de los demas. Entregóse por fin á comer y beber sin moderacion, y como se hallaba ya tan débil le acabó en poco tiempo el esceso de la comida. Fué inmediatamente proclamado emperador con general aplauso Antonino, su hijo adoptivo, llamado el Piadoso, y se afaná por hacer olvidar los vicios y extravíos con que el autor de su elevacion habia oscurecido los grandes talentos y prendas de que estuvo adornado.

Los pueblos seducidos por sus preocupaciones juzgaron que como el nuevo emperador poseia todas las virtudes morales y religiosas que se veneraban en aquel tiempo, eran estas otros tantos motivos para perseguir á los adoradores del Dios verdadero. Asi es que principió de nuevo contra los cristianos el furor reprimido con tanto trabajo en los últimos años del anterior reinado; pero Antonino Pio, que tenia de Dios

una idea mas exacta que la mayor parte de los sábios del paganismo, no pudo menos de apreciar la pureza del culto cristiano y las brillantes virtudes que este producía.

No vituperaba en los fieles otra cosa que su inmutable constancia y su esclusivo apego á la religion que profesaban sin el menor respeto humano, porque con toda su filosofia y todo su saber no llegaba á penetrar ni á apreciar debidamente la mas saludable de todas las verdades.

Entonces San Justino, filósofo como el emperador, pero que tuvo la dicha de pasar de la infidelidad á la fé mas sincera y fervorosa, le presentó una apología (que Eusebio dice haber sido escrita en Roma) en defensa de la verdadera Religion. Este filósofo cristiano, natural de Nápoles en Palestina, que era una colonia romana, cuyos moradores gozaban del derecho de ciudadanos, habia recibido una distinguida educacion y se impuso en el conocimiento de todas las ciencias que entonces se cultivaban. A pesar de haber sido educado entre las tinieblas del paganismo, mostró siempre un ardiente amor á la verdad, buscándola continuamente en todas las escuelas; pero despues de haber abrazado una multitud de sectas filosóficas, sin hallar en ellas nada en que poderse fijar, se entregó á la lectura de los Profetas. Hé aquí cómo nos refiere el mismo Santo las circunstancias de su conversion, en su diálogo con el judío Trifon: «Primeramente me puse en manos de un estóico; pero conociendo despues de algunas lecciones que nada me enseñaba este maestro acerca del Criador, por ignorarlo él mismo y apreciar muy poco este estudio, le volví la espalda para seguir á un peripatético. Apenas hacia unos pocos dias que frecuentaba su escuela, cuando con la mas sórdida avaricia comenzó á hablarme de regalos y recompensas; y pareciéndome indigna de un sábio esta venalidad de alma,

le dejé con desprecio. Dí despues con un pitagórico de mucha fama y que habia formado un concepto muy ventajoso de sí mismo, y me preguntó si sabia la música y las otras partes de las matemáticas, porque las juzgaba como un prelude necesario para alejar de nuestro espíritu los objetos groseros y terrenales, y facilitarle la percepcion de las cosas intelectuales. Yo ignoraba estas ciencias, y no podia aprenderlas sin gastar mucho tiempo; y así me ví en la precision de dirigirme á los platónicos. Habitaba cerca de mi morada uno de los principales de esta escuela, y escuchaba yo con gran complacencia sus lecciones, creyendo lograr el cumplimiento de mis deseos. Con este pensamiento buscaba yo la soledad para filosofar mas tranquilamente; y estando un dia solazándome á la orilla del mar observé que me seguia un anciano de agradable presencia, y la dulzura y gravedad de su rostro hicieron en mi ánimo una impresion extraordinaria. Para mirarle con mas atencion me detuve sin hablarle palabra, de lo cual se manifestó sorprendido. No tardamos en trabar conversacion, y giró esta muy luego sobre los deseos que yo tenia de encontrar la verdad; y despues de haber prodigado algunos elogios á mi celo, me reprendió el amar mas las especulaciones que las obras, significándome que la ciencia á que aspiraba era del todo práctica. Díjele respetuosamente qué era lo que me convenia hacer, y respondió: «es preciso que leais con reflexion los libros de los Profetas que son los únicos y verdaderos sabios, y que pidais con fervor á Dios que os abra los ojos á la luz y os muestre el camino de la verdad.»

Consiguieron el cumplimiento de sus deseos el candor y buena voluntad de Justino; y el estudio de los libros santos le hizo luego conocer la locura del paganismo.